

DATOS PARA LA HISTORIA DE LA FILOLOGÍA Y LA LINGÜÍSTICA CANARIA ANTES DEL SIGLO XX (*)

M^a Ángeles Álvarez Martínez
Universidad de La Laguna

Abstract

This paper presents an analysis of the contributions to the philology, and particularly the linguistics, of the Canary Islands before the twentieth century. Although the well-known authors, such as Glas, Berthelot, etc. are mentioned, the discussion in this essay is centered upon the less known, both Spaniards and foreigners. Biographical and bibliographical information is offered about philologists, travellers and anthropologists such as Lorenzo Hervás, John Abercromby, Earnest A. Hooton, Clements Robert Markham, Franz von Löher, Richard Pietschman, Max Quedenfeldt, and Joseph Lajard, among others.

Canarias ha estado siempre, desde la más remota Antigüedad, en el punto de mira de diversas civilizaciones. Pero es sin duda a partir de la conquista castellana, al incorporarse el Archipiélago al mundo conocido, cuando paulatinamente van quedando atrás las leyendas más variopintas y las Islas —al entrar en la Historia— se convierten en un punto de paso

(*) Versiones anteriores, y más reducidas, de este trabajo han visto la luz en *Diario de Las Palmas*, 13 de febrero de 1989, pág. 6 del Suplemento Especial de Cultura, con el título "Filólogos y antropólogos en Canarias en los siglos XIX y XX"; y en la revista *Aguayro*, núm. 181 (enero-abril 1989), págs. 8-13, con el título de "Aportaciones extranjeras a la filología canaria entre los siglos XIX y XX". En ninguno de los dos casos se ofrecían los datos bibliográficos que acompañan este ensayo.

obligado para los navegantes que se dirigen desde Europa a cualquier otra parte del planeta. A partir del siglo XVI nos visitan, en efecto, gentes de toda condición y nacionalidad, unos atraídos por la singularidad de su clima, o por las leyendas que circulaban sobre este Archipiélago, o por intereses comerciales y de otro tipo, y otros, en fin, como escala inevitable hacia el Nuevo Mundo. Han quedado de forma dispersa testimonios muy diversos de los primeros siglos (el XV, el XVI y el XVII), de gran interés para conocer más de cerca, y a través de visitantes potencialmente objetivos, no vinculados a los conquistadores españoles, el pasado prehispánico. Recordemos, por ejemplo, los relatos de gentes como Sir Edmund Scory, o Thomas Nichols (o Nicholas), que nos visitaron a finales del siglo XVI ¹, o de Marmaduke Rawdon, que estuvo entre nosotros en la primera mitad del XVII ², autores que nos han dejado en sus escritos valiosas impresiones sobre lo que vieron y lo que les interesó de estas Islas. Pero aunque puede encontrarse algún apunte de cierta relevancia lingüística en sus obras, no se trata en modo alguno de filólogos; no puede decirse tampoco que George Glas, ya en el siglo XVIII, fuera propiamente un conocedor o aficionado a las lenguas, aunque algunas de las páginas que dedica a la lengua de los aborígenes canarios en su *Historia del descubrimiento y conquista de las Islas Canarias* (1764) ³ no carecen aún hoy de interés.

El siglo XVIII es, como se sabe, un verdadero hervidero de obras sobre Canarias debidas a plumas diversísimas y a intereses muy variados, que se extiende naturalmente a lo largo del siglo XIX. Se ha mencionado sólo a George Glas, por hallarse en la línea lógica de continuación de Scory o Nichols en el XVI, pero podrían citarse otros nombres muy conocidos, como Bory de Saint-Vincent, Ledru, o Berthelot, entre los historiadores y antropólogos extranjeros, cuyas obras han conocido la fortuna de traducirse al español y ser accesibles hoy en variadas ediciones. Mas la lista puede resultar casi inacabable si añadimos los españoles, tanto del XVIII como del XIX (Viera, el Dr. Chil, Antonio M^a. Manrique, y tantos otros), o los científicos y naturalistas foráneos que se acercaron a Canarias atraídos por su interés científico, como los que estudian Alfredo Herrera Piqué en su reciente obra *Las Islas Canarias, escala científica en el Atlántico: viajeros y naturalistas en el siglo XVIII* y José Luis García Pérez en *Viajeros ingleses en las Islas Canarias durante el siglo XIX* ⁴.

Con el modesto propósito de iluminar algunas “zonas oscuras” de la historia de la filología canaria, y de completar datos aportados anteriormente, abordaremos en las páginas que siguen algunas de las figuras que se ocuparon de Canarias en este aspecto. Singular interés reviste un autor del siglo XVIII que ha recibido escasa atención entre nosotros, el polígrafo español Lorenzo Hervás (1735-1809), padre indiscutible de la lingüística comparada.

En efecto, en la enciclopedia editada en italiano en veintiún volúmenes entre 1778-1787 (*Idea dell'Universo che contiene la storia della Vita dell'uomo. Viaggio estatico al mondo planetario e storia della terra, e delle lingue*, Cesena, Gregorio Biasini), Hervás dedica los cinco últimos tomos a la lingüística, con la intención de abarcar todas las lenguas del mundo: vol. XVII: *Catalogo delle lingue conosciute, e notizia della loro affinità e diversità* (1785), vol. XVIII: *Trattado dell'Origine, formazione, meccanismo, ed armonia degl' Idiomi* (1785), vol. XIX: *Aritmetica di quasi tutte le nazioni conosciute e Divisione del tempo fra le nazioni Orientali* (1786), vol. XX: *Vocabulario poliglotta, con prolegomeni sopra più CL lingue* (1787), y vol. XXI: *Saggio Pratico delle Lingue* (1787). Se trata de una obra muy poco conocida hoy, de la que se encuentran muy raramente ejemplares en las grandes bibliotecas, como ha constatado Antonio Tovar en su reciente edición del tomo XVII ⁵; ésta es probablemente la razón por la que no hemos encontrado, ni siquiera en la monumental obra de Wölfel ⁶, referencias a la enciclopedia de Hervás en lo que respecta a las fuentes documentales y los estudios lingüísticos sobre la lengua canaria ⁷. En Madrid sólo existen, según Tovar, los tres primeros volúmenes de la parte lingüística, que se encuentran en la biblioteca de la Real Academia Española. Pero en la Biblioteca del Museo Británico, en Londres, sí hemos podido consultar los cinco tomos, que ofrecen impresionantes colecciones de términos en más de ciento cincuenta lenguas y dialectos (vol. XX), con estudios comparados para ciertas palabras como *nome, padre*, o descripciones fonéticas (vol. XVIII), o comparaciones sobre los números y los nombres de los días de la semana, los meses del año, las horas y los signos del zodiaco en las más diversas lenguas (vol. XIX), o comentarios lingüísticos sobre las versiones de las oraciones dominicales en múltiples idiomas (vol. XXI). Pero desgraciadamente sólo en el vol. XVII, que constituye el catálogo de las lenguas, y donde se presenta una breve descripción de cada una de ellas, se incluye el guanche, entre los idiomas del continente africano (capítulo V, págs. 250-253).

Mas los datos que ofrece Hervás no van mucho más allá de una descripción del pueblo guanche y de la relación de algunas palabras, que toma de Scory y de su informante en las Islas, el Rector del Colegio de los Jesuitas en Tenerife, Ab. Vigil. No aborda, sin embargo, el estudio lingüístico de ese corpus, como hace en otras ocasiones, en los tomos restantes de la enciclopedia. A pesar de todo, Hervás parece bien informado, y las fuentes que cita, como el italiano Alvise Ca da Mosto, o los ingleses Nichols, Scory, y el Dr. Spratt en su historia de la Royal Society, revelan un interés genuino y una preocupación por reunir datos fidedignos de esa lengua desaparecida. Es una lástima que sus aportaciones lingüísticas sean mínimas, que algunos de los términos que cita adolezcan de erratas, y que no dispusiera de más datos para poder realizar un estudio más con-

cienzudo en alguno de los otros volúmenes de su magna obra (evidentemente no debió tener a su alcance el libro de George Glas, publicado unos veinte años antes [1764], que sin duda le habría facilitado ciertas comparaciones con otras lenguas africanas).

Es Glas precisamente, como nos dice Wölfel en su *Monumenta* ⁸, el primer investigador de la lengua canaria que ejerce cierto rigor en sus compilaciones, y que se preocupa sobre todo por comparar los textos guanches que recoge con posibles equivalentes en una lengua del norte de Africa, el Shillha (o Silh). Detrás de él vienen los principales sabios canariólogos del siglo XIX que amplían su labor, aunque siempre en tono menor en lo lingüístico, pues sus intereses se encaminan más hacia el campo de la antropología o las ciencias naturales. Nos referimos, por un lado, a los sobradamente conocidos Sabino Berthelot o el doctor Chil; y por otro, a estudiosos menos conocidos, como Antonio M^a. Manrique, que escribe para la *Revista de Canarias*, tomo III (1881), una relación bastante pormenorizada de la antigua lengua canaria (“Estudios sobre el lenguaje de los primitivos canarios”) ⁹.

Pero no podemos mencionar sólo a investigadores canarios o residentes en Canarias, como los citados, porque hay también otros autores extranjeros que muestran en las últimas décadas del siglo XIX un interés creciente por el estudio de la lengua de los aborígenes. Nos hemos ocupado ya del caso británico más relevante, el del Marqués de Bute, que visitó Tenerife en 1891 y publicó una monografía muy cuidada sobre la lengua de esa isla, teniendo en cuenta lo que se había hecho antes, y siguiendo especialmente a Glas y a Chil ¹⁰. Mas no sólo fue este erudito escocés, sino que hubo algunos otros investigadores extranjeros, en su mayoría prácticamente desconocidos hoy, que en los últimos años del siglo XIX y en los primeros del siglo XX visitaron Canarias con un propósito bien definido, el de investigar más que sobre nuestra historia pasada, o sobre nuestra flora y fauna, o sobre geología, etc., sobre la antropología y la filología, entonces ciencias tan hermanas que prácticamente se confundían en sus respectivos campos de trabajo y metodologías.

Empecemos por los lingüistas ingleses, ya que antes se ha aludido a visitantes de esta nacionalidad, como Scory, Nichols, Marmaduke o Glas. Continuador natural de la obra del Marqués de Bute, que es la primera realmente científica y lingüística, en el sentido contemporáneo del término, es el también escocés John Abercromby. Curiosamente, la figura de Abercromby, aunque suele aparecer habitualmente en las bibliografías sobre lingüística canaria, por haber sido el autor de un ensayo titulado “A Study of the Ancient Speech of the Canary Islands”, publicado en el primer volumen de *Harvard African Studies*, en 1917 ¹¹, ha sido hasta ahora casi un enigma. No recogen su biografía los diccionarios especializados de

más renombre, como el *Dictionary of National Biography*, o el *Modern English Biography*, de Frederic Boase ¹², o el Robert Chambers: *A Biographical Dictionary of Eminent Scotsmen* ¹³, por lo que hemos tenido que acudir a las páginas del *Who Was Who 1916-1928* ¹⁴ para obtener algunos datos mínimos sobre quién fue este personaje que, como veremos a continuación, tuvo vinculaciones más que lingüísticas o superficiales con Canarias, aunque nada de esto consta en las escasas dieciséis líneas que le dedica este *Who Was Who*. Hemos recurrido, además, a la sección necrológica de *The Times*, que recoge una breve semblanza (más completa, sin embargo, que la del *Who Was Who*) en su edición del 9 de octubre de 1924 ¹⁵. Nació John Abercromby el 15 de enero de 1841, y fue hijo del tercer Barón Abercromby, título concedido a su bisabuelo, Sir Ralph Abercromby, en 1801, por su destacada participación al frente de las tropas británicas en Egipto. Nuestro personaje, a la muerte de su hermano mayor, que fue el cuarto barón Abercromby, heredó en 1917 el título nobiliario, convirtiéndose así en el quinto barón (y último, porque no tuvo descendencia masculina) hasta su muerte el 7 de octubre de 1924 en Edimburgo.

Este Lord Abercromby vivió, pues, hasta los 83 años, y, como su compatriota Lord Bute, dedicó su vida a la investigación folclórica, antropológica y arqueológica, siendo miembro de la "Royal Society" de Edimburgo, vicepresidente de la "Folklore Society", presidente de la "Sociedad de Anticuarios de Escocia", miembro honorario de la "Sociedad Arqueológica de Finlandia" y de la "Sociedad Fino-ugra de Helsingfors", así como doctor honorario en derecho por la Universidad de Edimburgo. Igual que el marqués de Bute, también John Abercromby fue enviado a estudiar al prestigioso colegio inglés de Harrow, y luego ingresó en el ejército, del que se retiró en 1870 con el grado de teniente en la "Rifle Brigade". Seis años después se casó, pero aparentemente no fue feliz en su matrimonio porque a los tres años éste se disolvió, dejando como fruto una hija. Fue a partir de esta fecha, 1879, cuando John Abercromby parece haberse dedicado con más atención a la ciencia, pues en las décadas de los ochenta y noventa viaja al extranjero, se interesa por diversas cuestiones de folclor y de antropología y publica sus primeros libros.

En efecto, en el verano de 1888, realizó un viaje de seis semanas por la región del Cáucaso, fruto del cual es un libro titulado *A Trip Through the Eastern Caucasus, with a Chapter on the Languages of the Country*, publicado en Londres al año siguiente ¹⁶, en el que, además de recoger las incidencias del viaje, se dedica un capítulo de casi cien páginas a estudiar las siete lenguas de la región con atención especial a la gramática. Luego vienen otros trabajos, no directamente relacionados con la lingüística, como *The Pre- and Proto-Historic Finns both Eastern and Western with the Magic Songs of the West Finns* (Londres, 1898) ¹⁷, en el que se recogen y traducen canciones

mágicas de interés folclórico, como adivinanzas, acertijos, oraciones para curar enfermedades, para dirigirse a los animales, para las parturientas, etc.; en 1912 aparecen dos tomos dedicados a la cerámica de la Edad del Bronce de Gran Bretaña e Irlanda: *A Study of the Bronze Age Pottery of Great Britain and Ireland and Its Associated Grave-Goods* ¹⁸; y dos años más tarde (1914) un ensayo que se ocupa también de la cerámica, pero en este caso de la cerámica canaria prehistórica, titulado "The Prehistoric Pottery of the Canary Islands and Its Makers", publicado por *The Journal of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland* ¹⁹. En este ensayo, de apenas veinte páginas, se incluyen 10 láminas con fotos de objetos de cerámica que obtuvo este investigador en Canarias.

Él mismo nos dice efectivamente que visitó estas islas durante un mes entre enero y febrero de 1914, y que gracias a la mediación del fotógrafo inglés Mr. Medrington consiguió en Las Palmas fotos de la cerámica que se guardaba en el museo, y posteriormente este mismo Medrington le envió fotografías de piezas de cerámica que se encontraban en los museos de Santa Cruz de Tenerife y Santa Cruz de La Palma. Sin embargo, luego sufrió la desgracia de perder las anotaciones que había hecho sobre estas islas cuando tuvo que huir de París el 2 de agosto de ese año, a toda prisa, al conocer ese día la movilización general en Francia y la declaración de guerra de Alemania contra este país. El ensayo revela, sin embargo, una gran familiaridad con los estudios previos sobre historia, arqueología y craneología canaria del Dr. Chil, de Berthelot y de otros sabios extranjeros, como Glas, el Dr. Verneau, Hans Meyer, Von Luschan, Sergi, o con la traducción de Clements Markham del libro de Fray Alonso de Espinosa. No podemos juzgar sobre los aciertos o defectos de la descripción que hace Abercromby de nuestra cerámica, que es algo, además, que ha hecho parcialmente Rafael González Antón en su libro *La alfarería popular en Canarias*, donde corrige unas adscripciones aborígenes erróneas de cerámica de Tenerife ²⁰; mas creemos que merece la pena reseñar esta aportación temprana de un sabio extranjero, que —como revelan sus publicaciones anteriores— no era un simple viajero aficionado, sino un experto en estas cuestiones.

Pero sin duda la obra más importante de John Abercromby relacionada con Canarias es su estudio sobre la lengua aborígen, que se publica en 1917 en el primer volumen de *Harvard African Studies* ²¹. Se trata de una monografía muy bien documentada que —continuando la labor realizada antes por el Marqués de Bute, y partiendo de múltiples fuentes de los cronistas e historiadores canarios y extranjeros— presenta largas listas de términos aborígenes, agrupados según la isla de procedencia, sometiéndolos a una comparación detenida con diversas lenguas beréberes. La conclusión que obtiene Abercromby está muy en la línea de la hipótesis principal

con que se ha trabajado posteriormente, esto es, que el lenguaje hablado por los primitivos habitantes de las Islas descende de algún dialecto del proto-líbico. Desde luego, este ensayo no alcanza las dimensiones de la monumental obra de Wölfel publicada muchos años después, pero es un testimonio valiosísimo, que va mucho más allá de las listas compiladas por el Dr. Chil en sus *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias* ²². Como simple dato revelador, hay que reseñar que además de consultar autores como Cedeño, Bontier y Leverrier, Viera, Espinosa, Viana, Gómez Escudero, Núñez de la Peña, Bory de Saint-Vincent, Berthelot, Chil, Abreu Galindo, etc., de los que recoge, clasificándolas, las diversas variantes de los términos estudiados, emplea también obras sobre beréber o protolibio, o árabe, como los estudios de René Basset, de Engelmann, de Hanoteau, de Masqueray, de Faidherbe, que le permiten hacer comparaciones pertinentes y aclarar cuáles parecen ser palabras de origen beréber y cuáles no ²³. Especialmente interesante es, por ejemplo, el apartado que le dedica a los números de los aborígenes de Gran Canaria, de los que existen dos listas, una de mediados del siglo XIV debida a unos navegantes italianos, y otra de finales del XV, que recogió Cedeño (o Sedeño) cuando vino a Gran Canaria acompañando a Juan Rejón.

Continuación natural de la obra de Lord Abercromby es la amplia monografía editada como volumen VII de *Harvard African Studies* (1925), con el título de "The Ancient Inhabitants of the Canary Islands", debida al antropólogo americano Earnest A. Hooton, que visitó el Archipiélago, y concretamente la isla de Tenerife, un año después que Abercromby, en 1915 ²⁴. Hooton llegó a Tenerife acompañado de su esposa el 9 de julio de 1915, y con la ayuda de algunos residentes de la isla, como la señorita María Zerolo, de La Orotava, como el doctor Jorge Pérez, también de La Orotava, que fue tan útil asimismo al Marqués de Bute, según hemos indicado en otro lugar ²⁵, como Mr. Rush, gerente de la Compañía Fyffe, y Mr. Alexander Baillon, encargado de la plantación de la Compañía en Hoya Grande, entre Adeje y Guía de Isora, este antropólogo consiguió inspeccionar algunas cuevas y enterramientos. Pero a finales de ese mes de julio se recibió una orden del Gobernador de la isla prohibiendo todo tipo de investigación en la zona, por lo que Hooton hubo de regresar a Santa Cruz, donde pasó el mes de agosto estudiando los cráneos y otros objetos arqueológicos depositados en el Museo Municipal, entonces bajo la dirección de D. Teodomiro Robayna Marrero. El 31 de agosto regresó Hooton a Cádiz, y de allí a Boston en septiembre; a pesar de posteriores intentos por obtener permiso para realizar investigaciones arqueológicas, que no prosperaron, no consiguió volver a Canarias, por lo que el estudio que se publica en 1925 en el tomo VII de *Harvard African Studies* es el resultado de la visita realizada diez años antes. Aunque Hooton no es propiamente lingüís-

ta, y así lo reconoce él mismo cuando aborda el estudio de la lingüística prehispanica, resumiendo los resultados obtenidos por Abercromby, si aporta interesantes comparaciones en algunos aspectos, como, por ejemplo, en el origen del término *Canaria*, que asocia con el de *Guanche*, pensando que ambos remiten a una costumbre ancestral, arraigada en algunos pueblos del Norte de África, que es el culto al perro. En esta línea comenta incluso las posibles relaciones entre el dios egipcio Anubis, conectado con el culto de los muertos, y las prácticas de embalsamamiento canarias ²⁶. Aborda asimismo la cuestión, tan atractiva para los antropólogos, del lenguaje silbado de la isla de La Gomera, y cita las fuentes primeras, como Bontier y Leverrier o Espinosa, recogiendo también lo que dice el famoso viajero inglés Alfred Samler Brown en su divulgada guía sobre Madeira y Canarias ²⁷; pero muy cautelosamente se atiene a las explicaciones más científicas y fiables del francés Lajard, del que nos ocuparemos posteriormente, que fue el primero que trató seriamente y con rigor del silbo gomero.

Continuador también (aunque en clave menor y más divulgativa) de la labor sería emprendida por el Marqués de Bute y seguida, como hemos visto, por Lord Abercromby y Hooton, es el geógrafo e hispanista inglés Sir Clements Robert Markham (1830-1916). Fue sobre todo un geógrafo, miembro muy distinguido de la Royal Society y de la Royal Geographical Society, gran viajero, que contribuyó mucho, por ejemplo, a impulsar el conocimiento de la Antártica ²⁸. Pero se sintió atraído asimismo por cuestiones muy diversas, alejadas de su trabajo primero como geógrafo, tales como el estudio de lenguas “extrañas”. Escribió, así, una gramática y diccionario del quéchua ²⁹; entre estos intereses exóticos destaca, en lo que a Canarias se refiere, la atracción que sintió por el guanche, al que dedicó cierta atención, aunque no muy directa, al traducir al inglés la obra de Fray Alonso de Espinosa con el título *The Guanches of Tenerife. The Holy Image of Our Lady of Candelaria and the Spanish Conquest and Settlement* ³⁰. En la introducción a esa traducción se hace eco precisamente de los estudios de Lord Bute; y aunque su contribución es menor en comparación con las otras que hemos mencionado, llama mucho la atención por la riqueza de conocimientos y estudios de este hombre que llegó a traducir al inglés, entre otros clásicos, el *Lazarillo de Tormes* (1908).

Mas, como era lógico esperar de un siglo dominado por los hallazgos de los lingüistas alemanes, que, con el comparativismo y el historicismo, revolucionaron totalmente el estudio de las lenguas, las contribuciones germánicas a la filología canaria fueron también muy importantes, aunque son paradójicamente mucho más desconocidas. Hay entre todos una figura que apenas se conoce y que, a pesar de sus evidentes errores de apreciación y de análisis, es un estudioso que merece más atención de la

que se le ha otorgado, aunque sólo sea por lo pintoresco de algunos de sus juicios, y por el volumen de trabajos relacionados con Canarias que publicó. Se trata de Franz von Löher, que nació en Paderborn el 15 de octubre de 1818 y murió en Munich el 1 de marzo de 1892. Después de estudiar un año de Medicina en Halle decidió inclinarse finalmente por el Derecho, disciplina en la que se licenció en Berlín en 1845; a partir de estos estudios, que orientó sobre todo por la vertiente histórica, se interesó por la expansión del Germanismo en el mundo, defendiendo la supremacía germana sobre las culturas románica y eslava. Sus vastos conocimientos le hicieron acreedor del título de Doctor en Leyes por la Universidad de Tubinga, aunque ocupó también importantes cargos en la administración política de Baviera, siendo secretario literario y científico del rey Maximiliano II, y, bajo el reinado del enigmático Rey Luis II, director de los Archivos Reales de Baviera ³¹. Aunque Löher sostuvo en diversas obras la hipótesis de que los antiguos habitantes del Archipiélago eran de procedencia germana, para lo cual acumuló datos de toda especie, la dedicación de este erudito a Canarias fue encomiable, pues publicó entre febrero y abril de 1876 una serie de artículos sobre estas islas en los anejos de la *Augsburger Allgemeine Zeitung*, que fueron traducidos al español, sin su autorización, con el título *Los germanos en las Islas Canarias* (Eduardo de Medina, editor, Madrid, s.a.) ³²; ese mismo año de 1876 aparece el volumen titulado *Nach den Glücklichen Inseln. Canarische Reisetage* ³³, que recoge el relato detallado de sus viajes por Tenerife, La Palma y Gran Canaria (parece que pasó también por Lanzarote y Fuerteventura, aunque no se describen estos viajes con detalle). En diversos capítulos de este libro, como el 23, 25, 27 y 28 se hallan anotaciones sobre la lengua de los antiguos habitantes del Archipiélago, y a veces ello da pie a contar leyendas como la de Doramas (capítulo 23).

En este mismo libro, y luego también en otro que edita su hijo unos años después de su muerte, *Das Kanarierbuch. Geschichte und Gesittung der Germanen auf den Kanarischen Inseln* (1895) ³⁴, presenta Löher la relación del viaje realizado por unos navegantes italianos en 1341, en la que se incluyen las denominaciones de los números de los habitantes de Gran Canaria; Löher atribuye en ambos libros la autoría del manuscrito nada menos que a Giovanni Boccaccio, siguiendo naturalmente la adscripción primera de Ciampi, que fue quien lo dio a la imprenta en 1827 ³⁵. Habría sido sin duda una maravillosa coincidencia que Boccaccio, como dice Löher, se sintiera atraído por las maravillas del Archipiélago Canario que relata el capitán italiano de la expedición, Niccoloso da Recco, y consiguientemente copiara con su propia mano este precioso documento que recoge los primeros dieciséis números de la lengua aborigen de Gran Canaria. Pero, según luego, en 1877, constataría M. Landau ³⁶, no hay ra-

zones suficientes para aceptar esta sugestiva adscripción al autor del *Decamerón*.

Este segundo libro de Löher mencionado, que se editó póstumamente en 1895, es su obra más completa sobre Canarias, pues comprende nada menos que 603 páginas, en las que Löher presenta la historia de cada una de las islas desde la Antigüedad clásica, pasando por el Medievo hasta llegar a la época de la Conquista. Habla aquí con todo detalle de los reyes principales de cada isla y de sus costumbres, y dedica un amplio capítulo (el que hace el número 20, pp. 528-572) a la lengua de los aborígenes, examinando los restos que han quedado y realizando comparaciones con el beréber, con el gótico, advirtiendo sobre el riesgo de las similitudes superficiales, y deteniéndose en los topónimos, las expresiones religiosas, los antropónimos, etc., con el fin de demostrar su hipótesis del origen germánico de los antiguos habitantes del Archipiélago.

Pero no acaba con esto la vinculación filológica de Franz von Löher con Canarias. En 1883 publica en Tubinga una edición del *Poema* de Antonio de Viana, que es la tercera edición moderna de esta obra ³⁷, al darse la circunstancia de que la primera edición de 1604, publicada en Sevilla, era —como es sobradamente conocido— prácticamente inencontrable ³⁸. En el epílogo de la edición Löher explica cómo incluso cincuenta años después de la edición sevillana el libro tuvo que ser copiado por un monje franciscano de Las Palmas porque no había ningún ejemplar disponible. De hecho, como sigue diciendo Löher, Berthelot se hizo copiar el *Poema* de este manuscrito de Las Palmas porque no había otro en su entorno más cercano, al haber desaparecido también un ejemplar que muchos años antes había visto él mismo en la Biblioteca del Marqués de Villanueva del Prado en La Laguna ³⁹. Löher averigua, sin embargo, que queda un ejemplar de la primera edición en la Biblioteca Provincial de La Laguna, que quizá sea el mismo —piensa— que el de la Biblioteca del Marqués, y consigue, por mediación de la Baronesa von Eichtal y el cónsul americano William H. Dabney, una copia de ese texto. Es ésta la versión que se publica en 1883. Aunque Löher cree que realiza la primera edición moderna del *Poema*, no es cierto, como han mostrado estudiosos posteriores, como María Rosa Alonso y Alejandro Cioranescu, en sus documentados estudios sobre Viana. En efecto, en 1854 y en 1882 se publican en Santa Cruz de Tenerife nuevas ediciones de la obra, aunque con muchas erratas, pues no procedían de la edición original, sino del manuscrito de Berthelot. Parece que Löher ignoraba la edición de 1882, lo que no es de extrañar porque su texto, según nos dice él mismo, estaba listo para imprimirse en 1880, aunque apareciera efectivamente en 1883. En cuanto a la edición de 1854 ⁴⁰, aunque el investigador alemán tenía noticia de su aparición en las páginas del periódico de Santa Cruz de Tenerife *El Noticioso de Canarias* en la pri-

mavera de ese año, confiesa en este epílogo que no pudo conseguir el texto y que la edición estaba plagada de errores. Y no parece extraño que así sucediera, aunque hoy pueda consultarse algún ejemplar en nuestras principales bibliotecas, pues el propio Menéndez Pelayo, como recoge Rodríguez Moure, describía los problemas de edición de la obra de Viana así: “Esta primera edición es uno de los libros más raros de nuestra literatura poética. Ha sido reimpresso en 1883 por la Sociedad Literaria de Stuttgart [...] Sé que existen otras dos reimpresiones, hechas en Santa Cruz de Tenerife en 1854 y 1882, pero no las he visto. Al parecer, se hicieron no por el libro, sino por copias manuscritas de él, lo cual acredita su gran rareza”⁴¹.

Löher parece haber actuado, pues, de buena fe cuando da a la luz una edición que cree la primera después de la príncipe; alguno de sus informadores en Canarias le debió fallar, ya que —según ha constatado María Rosa Alonso⁴²— la edición de este erudito alemán coincide con la de 1854. Los esfuerzos de Löher por conseguir un ejemplar de la edición príncipe fueron intensos, como él mismo nos cuenta en ese epílogo, porque indagó, además de en Canarias, en las bibliotecas públicas de Madrid, Sevilla, París, Munich, Heidelberg, Viena y Berlín, sin resultado positivo. Poco podía sospechar este investigador que, al menos hoy —de acuerdo con las pesquisas de Cioranescu—, sólo hay dos ejemplares conocidos en el mundo de la edición de 1604, el de la Sociedad Económica de Amigos del País de La Laguna, y el de la Biblioteca Nacional de Lisboa⁴³. ¿Por qué ese enorme interés de este estudioso alemán por la obra de Viana? Pues las razones son, más que de tipo literario, que Löher aprecia —como la propia María Rosa Alonso le reconoce, al recoger en su libro las observaciones críticas del alemán⁴⁴—, de índole lingüística e histórica. Cree este filólogo e historiador, en efecto, que Viana ha sido el que mejor ha conservado el habla de los antiguos guanches, con gran diferencia con respecto a Espinosa, a Abreu Galindo, a Sosa, a Núñez de la Peña, a Castillo o a Viera, a los que atribuye numerosos errores de copia e imprecisiones al recoger los vocablos aborígenes.

La filología alemana, como se decía antes, se interesó mucho por el Archipiélago. Aunque la hipótesis propuesta por Löher fue rechazada años después por su compatriota Hans Meyer, que aportaba datos de tipo craneológico, y que mantenía otra hipótesis basada en relaciones con pueblos armenios y hamitas⁴⁵, el interés por las cuestiones propiamente lingüísticas no decreció.

Al contrario, en 1879 se publica un estudio muy documentado sobre los numerales en la lengua aborigen en *Zeitschrift für Ethnologie*, debido al Dr. Richard Pietschman⁴⁶. Este autor realiza un elaborado análisis de cada una de las dos listas de numerales que nos han sido transmitidas por el

manuscrito italiano atribuido a Boccaccio, por un lado, y por Cedeño (o Sedeño), por otro. Compara cada una de las formas con sus correspondientes en árabe y en diversas lenguas beréberes, como el zenaga, el tama-shek, etc., y concluye defendiendo el muy probable origen africano de estos términos. De nuevo llama mucho la atención la gran cantidad de datos y de documentos manejados, que respaldan muy convincentemente los resultados obtenidos.

Hay otro autor que merece también ser destacado brevemente en esta rápida relación de nombres. Se trata del etnólogo Max Quedenfeldt, que nace el 13 de junio de 1851 en el seno de una familia de militares con intereses naturalistas ⁴⁷. Aunque muere muy joven, casi recién cumplidos los cuarenta años, el 18 de septiembre de 1891, dedicó la mayor parte de su vida a viajar por el Norte de África y el Mediterráneo, dejando una gran cantidad de trabajos sobre Marruecos y particularmente la región del Atlas. Estuvo en Canarias durante tres meses en el verano de 1887, residiendo sobre todo en Lanzarote; pero durante su estancia conoció la existencia del silbo de la isla de La Gomera, y allí se dirigió para estudiar el fenómeno. Los resultados de su investigación aparecieron ese mismo año en el tomo 19 de *Zeitschrift für Ethnologie*, de Berlín ⁴⁸, donde nos hace un excelente resumen del estado de la cuestión. Empieza recogiendo lo que se ha dicho en alemán sobre el silbo, de escaso interés científico, porque se trata de meras apreciaciones de tipo turístico o viajero, como las del Dr. Karl von Fritsch o las del Dr. Biermann, buenos conocedores de las Islas Canarias. Y sigue luego con una traducción de los dos trabajos que ha encontrado en español sobre el tema, el del Dr. Juan Béthencourt Alfonso, publicado en el número de 8 de noviembre de 1881 de la *Revista de Canarias* (volumen III), y el del notario D. Antonio Manrique y Saavedra, publicado en el periódico *Patria* de Madrid el 20 de septiembre de 1885.

Se hace eco también Quedenfeldt de la leyenda recogida por Bontier y Leverrier primero, y luego por otros muchos autores, como Nichols, según la cual los habitantes de La Gomera habían llegado a la isla procedentes del norte de África, con las lenguas cortadas por los romanos, lo que les había obligado a desarrollar otro sistema de comunicación lingüística. Explica que la orografía de esta isla es la que ha favorecido la pervivencia del silbo en ella, en contraste con las otras, en las que no existe, y pasa a continuación a esbozar una caracterización breve de este fenómeno. Aclara de inmediato que no se trata de una melodía musical, sino que es un silbo articulado que sirve para transmitir un lenguaje, aunque cada silbo tiene naturalmente su tono. Sostiene, así, que si una palabra acaba en consonante entonces el tono final es alto, así como si la terminación de la palabra es en vocal clara (*e, i, y*), mientras que si acaba en vocales como *a, o, u*, el tono es más cerrado. Apunta también que cuando dos palabras tienen

una organización silábica similar, como, por ejemplo, *co-mi-do* y *to-ci-no* sólo el contexto permite identificar de qué vocablo se trata, pues la traducción a través del silbo es idéntica. Con la ayuda de un joven silbador y del director de música de Santa Cruz de Tenerife, D. Francisco Guigou, transcribe con notas musicales cuatro frases comunes, para mostrar las diferencias tonales entre ellas. El trabajo de Quedenfeldt que comentamos acaba con la descripción (muy somera) de cómo silban sus informantes, unos con ayuda de los dedos, y otros sin necesidad de disponer de este medio, y finalmente con un experimento realizado con dos gomeros que no se conocían, a los que se separó, en un día de viento del noroeste muy fuerte, a una distancia de 50 metros, y se les propuso la realización de un diálogo. Unas preguntas —de tipo muy convencional, como “¿tienes frío?”, “¿en cuánto vendes la vaca?”, “¿vas al molino?”— se entendieron rápidamente, mientras que otras, menos previsibles entre sujetos que no se conocían, como “¿parió tu mujer?” o “¿tu padre está malo?” o bien no fueron comprendidas en absoluto por el otro silbador (la primera frase citada), o bien hubo de repetirse varias veces la pregunta hasta que fue entendida y se obtuvo una respuesta (la segunda frase).

Este ensayo de 1887 es, pues, el primer estudio detenido del silbo, como unos años después, en 1891, constataría otro etnógrafo, el francés Joseph Lajard, en su comunicación “Le langage sifflé des Canaries” ante la Société d’Anthropologie de París, presentada el dos de julio de ese año⁴⁹. Este estudioso cita testimonios diversos, y muy superficiales, de viajeros como el geógrafo Bouquet de la Grye, o los viajeros ingleses Samler Brown y Charles Edwards, o el Dr. Verneau y el Dr. Chil, que recogen el fenómeno, sin estudiarlo, en sus obras. Son, además, referencias en su mayoría posteriores al trabajo de Quedenfeldt, ensayo que Lajard menciona sólo para decir que no ha venido a dilucidar la cuestión.

Lajard lleva a cabo una descripción muy detallada del silbo, entrevistando a diversos silbadores tanto de la isla de La Gomera como del Hierro [sic], y examinando con todo detalle la forma en que se colocan los dedos o se produce el sonido. En la propia ciudad de Las Palmas encuentra este investigador a unos obreros herreños que le hacen diversas demostraciones y le llegan a asegurar que el silbo puede oírse a una distancia igual a la que existe entre la ciudad y el Puerto de la Luz, lo que Lajard considera exagerado. La investigación de este francés lo lleva a la conclusión de que no hay elementos tonales relevantes en el fenómeno, como había creído descubrir Quedenfeldt, aunque éste iba bien encaminado en suponer que el silbo constituía sólo un medio de expresión de la lengua española, y no un lenguaje articulado independiente. Explica también muy claramente Lajard por qué los silbadores dicen que no pueden silbar cualquier mensaje, lo que no debe hacer pensar que el silbo es un sistema lingüístico dis-

tinto, sino que ello se debe a la dificultad que entraña la comprensión de los sonidos emitidos. En efecto, los mensajes más habituales, sobre el ganado, las personas conocidas por los sujetos que silban, las condiciones atmosféricas, etc. son comprendidos de inmediato, porque —como constataba también Quedenfeldt— forman parte de las convenciones de la vida del campo. Pero otra cosa distinta es pedirle a un silbador que “traduzca” al silbo una página de un periódico, pues las palabras que ha de silbar no son las habituales, lo que implica la imposibilidad de que otro silbador descodifique los sonidos correctamente. El propio Lajard, que aprendió a silbar, señala que es relativamente fácil transmitir unos cuantos mensajes simples, pero que su interpretación es mucho más compleja, porque el parecido entre la *a* y la *o*, o entre la *e* y la *i*, por ejemplo, dificulta enormemente la comprensión.

Sobre la extensión del fenómeno en las Islas este investigador es también muy preciso, pues señala cómo sólo se encuentra en La Gomera y en el Hierro, aportando también una anécdota curiosa sobre la conciencia que sobre el silbo se tenía en la ciudad de Las Palmas. Cuenta Lajard, en efecto, que con el fin de practicar el arte de silbar, tal como se lo habían enseñado los obreros herreños que había conocido en Las Palmas, se paseaba por las calles de la ciudad, tanto del centro como de los barrios pobres de la ciudad alta, emitiendo estos sonidos, ante la sorpresa general de los transeúntes, que lo calificaban de *medio loco*.

La nómina de filólogos extranjeros preocupados por Canarias antes del siglo XX podría ampliarse con otros nombres que no son verdaderamente filólogos, etnógrafos o antropólogos (la distinción entre estas disciplinas es difícil de establecer antes de la lingüística estructural), como la mayoría de los aquí nombrados. Habría también que rastrear entre los geógrafos e historiadores para recabar más datos —a veces de interés filológico— sobre nuestro Archipiélago. Así tenemos, por ejemplo, al famoso General Faidherbe (1818-1889), que entre sus numerosos trabajos sobre el norte de África trató también de inscripciones y de aspectos etnológicos de Canarias⁵⁰. Pero esa línea de investigación nos llevaría muy lejos del campo que le es propio a la filología, por lo que conviene que sea abordado por especialistas en ese terreno.

Notas

1. Cfr. Sir Edmund Scory, en *Purchas his Pilgrimes*, t. V (1626), folios 784-787; Thomas Nichols, *A Description of the Fortunate Ilands, Otherwise Called the Ilands of Canaria, with Their Strange Fruits and Commodities* (1583) [hay edición española, con interesante estudio, de A. Cioranescu, *Thomas Nichols, mercader de azúcar, hispanista y hereje*, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna, 1963]. Más información sobre estos visitantes, y sobre otras noticias referentes a Canarias de ingleses anteriores a 1650, puede hallarse en el trabajo de P.E.H. Hair, "Pre-1650 Printed Literature in English on the Atlantic Islands", *V Coloquio de Historia Canario-Americana* (1982), *Coloquio Internacional de Historia Marítima*, Excmo. Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas y Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1985, t. IV, págs. 175-197.
2. Cfr. José Luis García Pérez, "Marmaduke Rawdon of York, un personaje singular en las Canarias del siglo XVII", *VI Coloquio de Historia Canario-Americana* (1984), Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1987, t. I (Primera Parte), págs. 75-87.
3. G. Glas, *History of the Discovery and Conquest of the Canary Islands* (Londres, 1764). Hay traducción española parcial debida a Constantino Aznar de Acevedo: *Descripción de las Islas Canarias (1764)*, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna, 1976 (hay reedición en 1982).
4. Cfr. A. Herrera Piqué, *Las Islas Canarias, escala científica en el Atlántico: viajeros y naturalistas en el siglo XVIII*, Rueda, Madrid, 1987; y J.L. García Pérez, *Viajeros ingleses en las Islas Canarias durante el siglo XIX*, Caja de Ahorros de Canarias, Santa Cruz de Tenerife, 1988.
5. Cfr. A. Tovar, *El lingüista español Lorenzo Hervás. Estudio y selección de obras básicas. I. Catalogo delle lingue*, SGEL, Madrid, 1986, pág. 14.
6. Cfr. Dominik J. Wölfel, *Monumenta Linguae Canariae. Die Kanarische Sprachdenkmäler. Eine Studie zur Vor- und Frühgeschichte Weissafrikas*, Graz, 1965.
7. Sí lo menciona Wölfel, no obstante, para decir que no ha podido hallarse en su obra la supuesta plegaria religiosa en guanche que figura en el pergamino de D. Alfredo Martín, estudiada por Emilio Hardisson y Pizarroso en "Una frase desconocida en antiguo canario", *Revista de Historia Canaria*, VIII (1942), págs. 47-54; cfr. *Monumenta*, pág. 402.
8. Cfr. D.J. Wölfel, *Monumenta*, págs. 123-5.
9. Véase sobre este autor el ensayo de Rafael Muñoz Jiménez, "Antonio M^a. Manrique: vida y obra. En torno a su obra inédita. Estudio sobre el lenguaje de los primitivos canarios o guanches", *Revista de Historia Canaria*, XXXVII (1980), págs. 221-242.
10. Véase nuestra edición de su obra (en colaboración con Fernando Galván), *Sobre la antigua lengua de los naturales de Tenerife*, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna, 1987, donde se ofrece información sobre las fuentes manejadas por este autor y sobre las condiciones en que se escribió la obra y el interés que tuvo en su momento.
11. John Abercromby, "A Study of the Ancient Speech of the Canary Islands", *Harvard African Studies*, 1 (Cambridge, Mass., 1917), págs. 95-129.
12. Frederic Boase, *Modern English Biography*, Frank Cass & Co., Ltd., Londres, 1965.
13. Robert Chambers, *A Biographical Dictionary of Eminent Scotsmen* (New edition, revised throughout and continued by Thomas Thomson (1870)), vol. I: Georg Olms Verlag, Hildesheim, Nueva York, 1971.
14. *Who Was Who 1916-1928*, Adam & Charles Black, Londres, 1929 (reed. en 1967).
15. *The Times*, Londres, Jueves, 9 de octubre de 1924, pág. 17.
16. Hon. John Abercromby, *A Trip Through the Eastern Caucasus, with a Chapter on the Languages of the Country*, Edward Stanford, Londres, 1889 (con mapas e ilustraciones; xvi + 376 págs.).

17. Hon. John Abercromby, *The Pre- and Proto-Historic Finns both Eastern and Western with the Magic Songs of the West Finns*, David Nutt, Londres, 1898, 2 vols. [vol. I: xxiv + 363 págs. y mapas; vol. II: xiv + 400 págs.].
18. Hon. John Abercromby, *A Study of the Bronze Age Pottery of Great Britain and Ireland and Its Associated Grave-Goods* (With 1611 Illustrations of Pottery, 153 Examples of Grave-Goods, and 10 Plates Showing Ornamentation), Oxford at the Clarendon Press, 1912, 2 vols. [vol. I: 163 págs.; vol. II: 128 págs.].
19. Honourable John Abercromby, "The Prehistoric Pottery of the Canary Islands and Its Makers", *The Journal of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, vol. XLIV (1914), págs. 302-323.
20. Cfr. Rafael González Antón, *La alfarería popular en Canarias* (con la colaboración de Manuel J. Lorenzo Perera), Aula de Cultura de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife, 1977, pág. 18.
21. Hay edición española de este ensayo, con el título *Estudio de la antigua lengua de las Islas Canarias*, que hemos realizado nosotros, en colaboración con Fernando Galván, publicada por el Instituto de Estudios Canarios, La Laguna, 1990.
22. Gregorio Chil y Naranjo, *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias*. Primera Parte. Historia, t. II, Imprenta de la Atlántida, a cargo de Antonio Cabrera y Quintana, Las Palmas de Gran Canaria, 1880.
23. Cfr. R. Basset, *Le dialecte de Syouah* (París, 1890), *Étude sur la Zenatia du Mzab, de Ourgla, et de l'Oued Rir* (París, 1892), *Études sur les dialectes berbères* (París, 1894), *Loqmân berbère* (París, 1890), *Le noms berbères de plantes* (Florencia, 1899), y "Notes de lexicographie berbère" (*Jour. Asiat.*, ser. 8, vol. 10, págs. 365-464); W.H. Engelmann, *Glossaire des mots espagnols et portugais dérivés de l'arabe* (Leiden, 1861); A. Hanoteau, *Essai de grammaire de la langue Tamacheck* (París, 1860); E. Masqueray, *Comparaison d'un vocabulaire du dialecte des Zenaga du Senegal avec ... les dialectes des Chawia et des Beni Mzab* (París, 1879), *Dictionnaire français-Touareg (dialecte des Taitoq)* (París, 1893), y *Observations grammaticales sur la grammaire Touareg et textes de la Tamahaq des Taitoq* (París, 1896); y L.L.C. Faidherbe, *Le Zénaga des tribus sénégalaises* (París, 1877).
24. Earnest A. Hooton, *The Ancient Inhabitants of the Canary Islands*, vol. VII de *Harvard African Studies*, Peabody Museum of Harvard University, Cambridge, Mass., 1925.
25. Cfr. John, Marqués de Bute, *Sobre la antigua lengua de los naturales de Tenerife*, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna, 1987, págs. 22-24. La importancia de la figura del doctor Jorge Pérez la revela también, por ejemplo, la referencia a su persona y a su sanatorio en La Orotava (la "Humboldt-Kurhaus") que aparece en una comunicación diplomática del Embajador español en Alemania dirigida al Ministerio de Asuntos Exteriores español, y relativa a la penetración alemana en Canarias a principios de siglo; véase para ello el trabajo de J.U. Martínez Carreras y M^a. T. Menchén Barrios, "Intentos alemanes de expansión colonial por los territorios españoles de África occidental: el caso de Canarias", en *VI Coloquio de Historia Canario-Americana (1984) (Aula Canarias-Noroeste de Africa)*, Gobierno de Canarias y Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1987, t. III, págs. 403-416 (la referencia a Jorge Pérez está en la pág. 410).
26. E.A. Hooton, op. cit., págs. 52-56.
27. Alfred Samler Brown, *Madeira and the Canary Islands. A Practical and Complete Guide for the Use of Invalids and Tourists*, Sampson Low, Marston, Searle, & Rivington, Londres, 1889.
28. Cfr. *Dictionary of National Biography, 1912-1921* (Oxford University Press), págs. 367-368.
29. Sir Clements Robert Markham, *Contributions Towards a Grammar and Dictionary of Quichua, the Language of the Yncas of Peru*, Londres, 1864 [1863]; y también *Vocabularies of the*

- General Language of the Incas of Peru or Runa Simi, Called Quichua by the Spanish Grammarians*, Williams & Norgate, Londres, 1908 [251 págs.].
30. Cfr. *The Guanches of Tenerife. The Holy Image of Our Lady of Candelaria and the Spanish Conquest and Settlement, by the Friar Alonso de Espinosa of the Order of Preachers*, translated and edited, with notes and an Introduction by Sir Clements Markham, 1907 (hay reimpresión en Kraus Reprint, Nendeln / Liechtenstein, 1972).
 31. Para datos biográficos más extensos sobre Franz von Löher, véase *Neue Deutsche Biographie*, herausgegeben von der historischen Kommission bei der Bayerischen Akademie der Wissenschaften, Duncker & Humblot, Berlín, 1987, t. 15, págs. 36-37.
 32. Éste es el título exacto en español, del que debe ser una corrupción el que ofrece A. Cioranescu (*Los germanos de Tenerife*, Madrid, 1887, 12º, 140 págs.) en su edición de la obra de Antonio de Viana: *Obras. II. Conquista de Tenerife* (Aula de Cultura de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife, 1971).
 33. Franz von Löher, *Nach den Glücklichen Inseln. Canarische Reisetage*, Verlag von Velhagen & Klasing, Bielefeld und Leipzig, 1876 [385 págs. y un mapa].
 34. Franz von Löher, *Das Kanarierbuch. Geschichte und Gesittung der Germanen auf den Kanarischen Inseln*, J. Schweitzer Verlag (Jos. Eichbichler), Munich, 1895 [iv + 603 págs.].
 35. Ciampi, *Monumenti d'un manoscritto autografo di Messer Gio. Boccacci da Certaldo trovati ed illustrati*, Florencia, 1827.
 36. M. Landau, *Gio. Boccaccio*, Stuttgart, 1877, págs. 248 y ss. (cit. por Richard Pietschmann, "Ueber die Kanarischen Zahlworte", *Zeitschrift für Ethnologie*, XI (1879), pág. 387, nota 2). Véase también sobre la misma cuestión de los números canarios Buenaventura Bonnet, "La expedición portuguesa a las Canarias en 1341", *Revista de Historia* (Universidad de La Laguna), IX (1943), págs. 112-133.
 37. Franz von Löher (ed.), *Der Kampf um Teneriffa. Dichtung und Geschichte von Antonio de Viana*, Gedruckt für den Litterarischen Verein in Stuttgart ("Bibliothek des Litterarischen Vereins in Stuttgart", vol. CLXV), Tubinga, 1883 [423 págs.].
 38. Para una relación sobre las diversas ediciones de la obra de Viana, véanse María Rosa Alonso, *El Poema de Viana. Estudio histórico-literario de un poema épico del siglo XVII*, C.S.I.C., Madrid, 1952; y Alejandro Cioranescu, *Antonio de Viana. Obras. II. Conquista de Tenerife*, Aula de Cultura de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife, 1971 (págs. 46-49).
 39. Este ejemplar manuscrito que fue de Sabino Berthelot fue regalado por su propietario, según María Rosa Alonso, a Millares Torres, que lo cedió a la biblioteca de "El Museo Canario", donde está depositado ahora, junto con otra copia manuscrita, realizada por Maffiote del ejemplar de la edición príncipe que existió (hoy está desaparecido) en la Biblioteca Nacional en Madrid (cfr. Mª. Rosa Alonso, *El poema de Viana...*, op. cit., pág. 28, y A. Cioranescu, *Obras. II. Conquista de Tenerife*, op. cit., pág. 48).
 40. *Antigüedades de las Islas Afortunadas de la Gran Canaria, Conquista de Tenerife, y aparición de la Santa Imagen de Candelaria; en verso suelto y octava rima, por el Bachiller Antonio de Viana, natural de la Isla de Tenerife, dirigido al Capitán Don Juan Guerra y Ayala, señor del Mayorazgo del Valle de Guerra*. Impreso en Sevilla en 1604, y reimpresso en Santa Cruz de Tenerife, en la Imprenta Isleña, 1854.
 41. Cfr. t. XI de las *Obras* de Lope de Vega, publicadas por la Real Academia Española, citado por J[osé] R[odríguez] M[oure], en su edición de la obra de Viana, *Antigüedades de las Islas Afortunadas...*, Tipografía de La Laguna, 55, Herradores, 1905, pág. xi.
 42. Cfr. Mª. Rosa Alonso, *El poema de Viana...*, op. cit., pág. 29.
 43. Cfr. A. Cioranescu, *Obras. II. Conquista de Tenerife*, op. cit., págs. 46-47.
 44. Cfr. Mª. Rosa Alonso, *El poema de Viana...*, op. cit., págs. 458-460.
 45. Hans Meyer, "Ueber die Urbewohner der Canarischen Inseln", *Festschrift für Adolf Bastian zu seinem 70. Geburtstage*, Berlín, 1896 [Verlag von Dietrich Reimer (Ernst Vohsen)], pp.

- 65-78. Véase también su otra obra, fruto de una visita a Tenerife: *Die Insel Tenerife. Wanderungen im canarischen Hoch- und Tiefland* (Leipzig, 1896), que incluye un apéndice del craneólogo Felix von Luschan ("Ueber eine Schädelammlung von den canarischen Inseln").
46. Richard Pietschman, "Ueber die Kanarischen Zahlworte", *Zeitschrift für Ethnologie*, XI (1879), págs. 377-391.
47. Para más datos sobre Max Quedenfeldt, véase *Allgemeine Deutsche Biographie, Nachträge bis 1899*, Verlag von Duncker & Humblot, Leipzig, 1907, tomo 53, págs. 176-179.
48. M. Quedenfeldt, "Pfeifsprache auf der Insel Gomera", *Zeitschrift für Ethnologie*, 19 (1887), págs. 731-741.
49. J. Lajard, "Le langage sifflé des Canaries", *Bulletins de la Société d'Anthropologie de Paris*, t. II, 4^a. serie, G. Masson, Éditeur, Paris, 1891, págs. 469-483.
50. Véase, por ejemplo, su ensayo "Quelques mots sur l'ethnologie de l'archipel Canarien"; *Revue d'Anthropologie*, Paris, vol. 13 (1874), págs. 91-94. Sobre su vida, pueden consultarse datos en *Dictionnaire de Biographie Française*, publié sous la direction de Roman D'Amat, Librairie Letouzey et Ané, Paris, 1975, vol. 13, págs. 471-472.